



Emmanuel Álvarez Sánchez

El calor de aquel día de agosto hacía evaporar el asfalto creando espejismos en la carretera. El sol proyectaba toda su furia sobre la ciudad de Madrid, donde los humanos, como hormiguitas, saltaban de un lado a otro para no quemarse los pies, agitándose sin rumbo buscando la sombra entre las calles. Mientras tanto, durante ese infierno en la ciudad, un joven cayó enamorado. Y el amor solo le hacía sentirse más y más desdichado. Porque temía, de nuevo, que era un amor no correspondido.

¿Cómo podía saber si era o no amor verdadero? ¿Cómo podía calmar ese dolor en el pecho? ¿Cómo podía responder a todas las preguntas que nacían de su intranquilo pensamiento? ¿Cómo podía explicar su mala suerte? ¿Era acaso mala suerte? ¿O era su destino? ¿Dónde está escondido el amor de este muchacho?

¡Dónde está escondido!

Ante este universo de incertidumbre, el joven, un día, se topó con el espíritu del amor, a quien preguntó:
—Tú, ángel, ¿sabes dónde está mi enamorado?
—Oh, niño bonito, ¿acaso necesitas tú un enamorado?
—Pero todos los niños y las niñas lo tienen... Ángel del amor, ¿dónde está mi enamorado?
—No sabes nada del amor si vienes a mí preguntando... Soy solo un ángel perdido. Un ángel caído del cielo evaporado...—Entonces un silencio religioso tomó la calle y el ángel, mirándole a los ojos, continuó: —Niño mío, qué bello eres, ¿acaso estás enamorado?— La ternura con que había hecho la pregunta emocionó al joven y el agua brotó de sus ojos, otorgándole una apariencia dulce e indefensa, casi transparente, que dejaba ver su corazón palpitando. Fue en ese momento de absoluta franqueza cuando las palabras de los antiguos sabios invocaron con vehemencia la magia del ángel, creando un camino directo al pasado, que revelaba el misterio oculto del amor, en un susurro cósmico que hablaba de la nada, de la piedra y del corazón.

FE

SA

PE

HE

RA

GO

FU

MA

BU

RI

LI

MA

CA

RO

PO

UR

dA

AL

CA

AR

EL CORAZÓN

Muchacho —comenzó a decir el ángel en voz baja— debes saber que todo en este mundo se presenta en potencia o en acto. La potencia contiene las infinitas posibilidades del ser y el acto es el ser existiendo, es decir, la potencia siendo. El pensador andaluzí Avempace, en su *Libro sobre el alma*, se refirió al corazón como la potencia generatriz de vuestro cuerpo, es decir, la potencia a partir de la cual se origina la vida, vuestra vida, *tu* vida. Esta es la razón por la cual se ubica en un lugar céntrico de vuestra complexión, para recordaros con su posición su protagonismo. Sin embargo vosotros, los seres humanos, por algún extraño motivo, queréis olvidarlo, os olvidáis de vuestro propio corazón.

En este sentido, —proseguía el ángel— el corazón guarda en su interior, en potencia, todas las infinitas maneras de existir en el mundo. Y solo necesita de un motor, el que sea, para que esas potencias tengan la posibilidad de vivir como acto. Los seres humanos sois corazones en potencia dispuestos a poneros en movimiento. Solo necesitáis el impulso adecuado. Y para ello son necesarios los sentidos. Los sentidos del alma, por los que entra en torrente el mundo.

Es decir, el corazón es el centro del cuerpo que necesita de motores que lo muevan. Y estos se reciben a través de los sentidos. Todas las personas se sitúan en el mundo en relación a sus sentidos. Está el que camina con los ojos más abiertos o más cerrados. Está el que tiene mil ojos (como mis compañeros serafines) o el que solo tiene uno, como el cíclope robusto. Está quien camina con las manos o con los pies. El que todo lo huele o el que pasa de largo. Los sentidos del alma reciben los estímulos y los dan al corazón. Sentidos que pertenecen al alma, no al cuerpo, por eso Fray Luis de Granada nos decía en su *Canto a la Naturaleza*: «Mas con todo esto busco una luz sobre toda luz, que no ven los ojos; y una voz sobre toda voz, que no perciben los oídos; y un olor sobre todo olor, que no sienten las narices; y una dulzura sobre toda dulzura, que no conoce el gusto...»

Veo en tu mirada, querido muchacho, tu incomprensión. Pero el motor más poderoso que mueve el corazón es aquel que tú has aprendido recientemente. Así es: el amor. Te preguntaré cómo llegaste a enamorarte... Aquella noche todos tus sentidos estaban dispuestos a ello. Y tu corazón, ingenuo, tomó como motor aquel sentimiento nuevo, y lo tomó como único motor, he aquí el peligro, pues no estaba acostumbrado a saborear el gusto placentero que se siente cuando se está enamorado.

El éxtasis producido estremece. Una corriente de luz atraviesa el cuerpo del enamorado. Es una luz tan densa que perfora. Por eso supe que estabas enamorado, tienes todo el cuerpo agujereado. ¿Cómo no vas a sentir daño? Y entonces aparece el placer extático por un lado y la extrañeza de sentirse tan roto. Perforado. Por fortuna, tienes la suerte de estar hablando con un ángel. Dios, un día, dijo a Santa Teresa: «Ya no quiero que tengas conversaciones con hombres, sino con ángeles».

Aquella Santa también descubrió el placer del amor a través de su experiencia visionaria. Una experiencia que nació de una mirada interior completamente despierta que la hacía hablar con Dios y tener como amigos a los ángeles. Curiosamente, allí, en el fulgor del enamoramiento divino, la Santa veía todos sus pecados. Era en la unión mística cuando la santa se sentía más sucia, perforada: «Es como el agua que está en un vaso, que si no le da el sol, está muy claro; si da en él, vese que está todo lleno de motas...» Y la santa, enamorada, se hallaba llena de motas.

LA PIEDRA

«Como el hierro a la piedra imán», decía Ibn Hazm sobre el amor. Y esto bien lo entiendes ahora, ¿verdad? El corazón es la piedra sobre la que se precipita el amor. Y es piedra porque el corazón, que es blando, se hace duro cuando se enamora. Primero se hace duro porque tiene miedo. Y segundo porque es casa. El corazón es nuestra única casa, y como tal, para protegerla, la hacemos de este material robusto, de piedra.

Como decía, el corazón es blando y por eso el amor entra. Cuando entra demasiado este se endurece, porque no quieren que le hagan daño. Pero el corazón duro sufre más que un corazón blando. Por esta razón se ponen ventanas, para que entre la luz de la mañana. Ahora te explicaré dos maneras de construirte una buena casa, que son paciencia y agua. Espera, muchacho, espera. Nos lo decía Machado en su bonito poema: «aguarda sin partir y siempre espera». La paciencia es la virtud de la espera. Y los que esperan viven en su casa de piedra con bellas ventanas que se abren cuando hay sol y se cierran cuando hay niebla. El buen amor, créeme, es la bella paciencia.

Por tanto, con paciencia se hace una buena casa. Y si es buena resiste también al agua. El camino del agua en toda casa es fundamental para que la arquitectura no tenga goteras. Dibuja mentalmente como entra el agua en tu casa. Piensa primero en el agua como gota, que resbala dulcemente por la piedra. Que es rocío de verano, agua fresca. Pero piénsala también como corriente, como tormenta. Como huracán que viene y te golpea. El amor funciona así a veces, como gota que sacia la sed o como tormenta.

Y si la paciencia no sirve, y el agua no llega en forma de gota sino de tormenta. El corazón puede protegerse haciéndose solo piedra. Entonces, como hacía María Zambrano, habla con ella: «Pues que en las piedras ha de estar el canto perdido.» Sal, o mejor dicho, entra, y descubre ese paisaje de roca que has construido. Habla con ella, con la piedra, hazle preguntas, siéntate cerca. Sé bueno contigo, no seas tan duro. No te conviertas todo tú en piedra.

LA NADA

No importa cuánto ames y cuánto sufras, si tienes suerte de experimentar la verdad, comprobarás con tu propia experiencia que todo es nada. Y cómo hablarte de la nada sin recordar aquellas palabras de Andrea, la protagonista de aquel maravilloso libro de Carmen Laforet: «Y a mí llegaban en oleadas, primero, ingenuos recuerd-

os, sueños, luchas, mi propio presente vacilante, y luego agudas alegrías, tristezas, desesperación, una crispación importante de la vida y un anegarse en la nada.»

En aquel viejo apartamento de la calle Aribau en Barcelona, los días de la protagonista pasaban sin importancia. Y esos días pesaban a la pobre muchacha. Ella no sabía todavía que es esa la auténtica realidad de la vida, la nada. Los místicos así lo vieron. Los místicos de cualquier religión lo vieron. Joseph Ben Shalom, rabino del siglo XIII que vivió en la misma ciudad que Andrea, decía: «en cada transformación de la realidad, en cada crisis, sufrimiento, metamorfosis, en cada cambio de forma, o en cada vez que el estado de una cosa es alterado, el abismo de la nada es atravesado y se hace visible durante un instante místico.»

Los viejos místicos que se dedicaron a la contemplación de la vida descubrieron que era eso en lo que la vida se transformaba, cuando se salía en su búsqueda, la vida era nada. Santa Teresa, por ejemplo, escuchó las siguientes palabras en una de sus conversaciones con Dios. «¡Ay, hija, qué pocos me aman con verdad! Que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos. ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira...» Es decir: nada.

Veo en tu cara, querido amigo, una extraña mirada. Algo triste, desamparada. Quizás no he sabido explicarme. Te lo diré de otra manera. La vida es un caminar por el bosque. Un caminar desorientado, pues los árboles tapan las estrellas en el cielo. Pero no todo es bosque y a veces ocurre el milagro. La vida se expande de manera discontinua creando en medio de la masa un claro. Un claro del que no se debe esperar nada. Porque te recuerdo que la vida es esperar, sí, pero la espera de nada. Porque si nada se busca, decía María Zambrano, «la ofrenda será imprevisible, ilimitada.»

En ese instante, el ángel terminó de susurrarle al joven su historia, y echó a volar en busca de una nube sobre la que descansar y, finalmente, dormir.

Glosario de autores

Me he convertido en todo lo que mi madre no quería
para mí: un promiscuo
Xabier Fernández Fernández (Etxebarri, 23)
pág. 12

Lirio Salvaje
Ariel Sánchez Martín (Granada, 22)
pág. 16

A ballerina in a moshpit / Alguien llevaba tu perfume
en el metro / I think there's a tornado behind
Júlia Peña Panadés (Tarragona, 24)
pág. 22

Yo pensaba que estábamos hablando de amor
(Homenaje a Kane y Churchill)
Víctor Heranz (Madrid, 26)
pág. 24

X, Y, Z
Lucía Ramos Aísa (Logroño, 28)
pág. 56

Lo entiendo pero no estoy de acuerdo
June G. Manrique (Barakaldo, 26)
pág. 62

"constantly loving, constantly missing"
Una película escrita
Sam Fuentes Sánchez (Alcalá de Henares, 28)
pág. 66

Notas del querer, las prisas y el descanso
Clara Mayoral Abad (Barbastro, 24)
pág. 72

Ahora que soy adulto me he convertido en una persona
diferente a ahora que soy niño
Romeo Bueno (Valencia, 20)
pág. 76

El día que mi hijo cumplió 20 le enseñé
que nunca serían felices
Nadia Risueño (Valencia, 23)
pág. 80

Cosas muy nicho
Jorge Libroero Cano (Madrid, 25)
pág. 84

Querido E
Miguel Machetti (Madrid, 26)
pág. 90

Víspera de una despedida
Nicolás Carro Alonso (Simancas, 21)
pág. 94

El dolor de mi pasado, la incertidumbre de mi presente
y la promesa de un futuro incierto
Joshua Romero Cordero (La Palma, 28)
pág. 100

Satisfyer de mi corazón
Claudio M. Portalo Bueno (Badajoz, 26)
pág. 106

El juego de la silla
Beñat Uribe-etxebarria Etxebarria (Bilbao, 26)
pág. 110

Permiso B1
Sélpide San Luis (Algeciras, 24)
pág. 116

Corazón, piedra y nada
Emmanuel Álvarez Sánchez (Madrid, 29)
pág. 122

Salí del cine y había crecido 2 centímetros
Teresa Carril Millán (Madrid, 25)
pág. 128

Caso Clínico XVII: pelotas de plástico en paciente
con neumotórax
Aitor Artetxe (Bilbao, 27)
pág. 134

Este libro se terminó de imprimir en Madrid
en febrero de 2024.

Primera edición: enero de 2024
Segunda edición: febrero de 2024

ISBN 978-84-09-57151-2

@tresvecestrance
@xabifernan
@paugeis